

DISTRIBUCION
GRUPO CULTURAL
ESFINGE
Av. 18-A
Col. Centro 52510 Mex.
922-11-00
& 576-10-46



ROBERTO OROPEZA MARTINEZ

TECNICAS DE ORATORIA

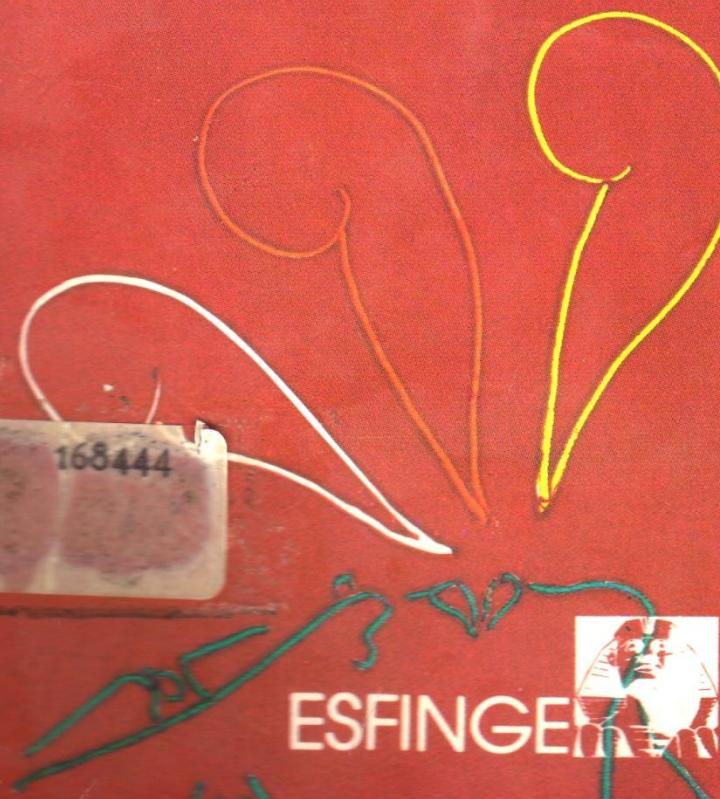
608.51
075

T



TECNICAS DE ORATORIA

ROBERTO OROPEZA MARTINEZ



ESFINGE



Roberto Oropeza Martínez

Técnicas de Oratoria

Señoras

y

Señores:

... He dicho

Primera edición

Editorial Esfinge, S.A. de C.V.

Esfuerzo 18-A

Naucalpan, Edo. de México

PRIMERA EDICION

1992

Primera edición 1992

LIBRO PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL GOBIERNO FEDERAL CON FINES DIDÁCTICOS Y CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON FINES DE LUCRO, AL QUE INFRINJA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APlicarán LAS SANCIONES PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMAS APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN MATERIA COMÚN Y PARCIAL DE LA REPÚBLICA EN MATERIA FEDERAL.

Derechos reservados

©

Roberto Oropeza Martínez
Esfuerzo 18-A
Naucalpan, Estado de México

La presentación, disposición y demás características de esta obra son propiedad de Editorial Esfinge, S.A. de C.V.

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial, mediante cualquier sistema o método electrónico o mecánico de recuperación y almacenamiento de información, sin autorización escrita del editor.

ISBN 968-412-496-1

IMPRESO EN MÉXICO

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
EL CURSO DE ORATORIA	11
EL JOVEN ORADOR	21
REFERENTE AL DISCURSO	41
ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DEL ESTILO	77
EL HORIZONTE HISTÓRICO	93
ACERCA DE LA IMPROVISACIÓN .	127
SUGERENCIAS PARA ELABORAR LOS DISCURSOS	155
EL EJEMPLO	181

INTRODUCCIÓN

Muchas son las inquietudes y necesidades que me han conducido a intentar el presente libro. La definitiva, entre ellas, la determina el medio a que se dirige: nuestros estudiantes de enseñanza media. Es decir, aquellos que cursan su educación secundaria o preparatoria.

Si me refiero a ellos, es porque son los dos medios que conozco; y porque busco aquí las adecuaciones que pueden ser más útiles en facilitarles la adquisición o el desarrollo de sus elementos expresivos, precisamente en los niveles de sencillez y claridad que ellos necesitan. Con todo, al pensar en sus necesidades, colmaría mi aspiración poder satisfacer las del mayor número posible de sectores interesados en esto.

Cuando la inicial afición se transformó en el escaso conocimiento que ahora poseo, se debió al trabajo, a la observación, al aprendizaje de la Oratoria que sólo pude adquirir hasta que tuve el fértil campo experimental de los muchachos. A ellos lo debo todo; más que en los libros, más que en la docta o florida palabra de los consagrados, —porque he tenido el privilegio de escuchar algunos— he aprendido la Oratoria en los balbuceos, en los primeros pasos de mis alumnos, en el tartamudeo inicial, en su voluntad infinita, que me ha hecho creer que puedo comprender en plenitud a Demóstenes. Nada extrañe pues, mi pretensión de devolverles, en las personas de quienes todavía no se inician o están en el punto de partida, lo que en derecho y razón les pertenece.

Ya en la escuela secundaria, cuando iniciaba mis días felices de maestro, encontré el resquicio en los temarios para indicar a mis alumnos la conveniencia de ocuparse en el cultivo de la palabra. Después, se determinó en la Escuela Nacional Preparatoria incluir en los planes de estudio una serie de asignaturas complementarias que se agrupa-

ron como Materias Estéticas y tuve la distinción de ser designado, tengo entendido que fue el primer nombramiento en la materia, maestro de Oratoria en el Plantel No. 5, entonces campo de experimentaciones para lo que habría de generalizarse en toda la enseñanza preparatoria. Así, investido con la dignidad de una cátedra universitaria, lo que fue simple interés de aficionados, inició el camino de su ejercicio.

Desde los días estudiantiles, desde la avidez de la adolescencia, el sentimiento me condujo a las tribunas, ya como espectador, ya como el inexperto agoreta que himnaba su mensaje; era la actitud que necesariamente vivimos todos alguna vez, como los gallos, el exceso de gallardía y plumaje ante la inevitable vacuidad del canto. Asiduo espectador de los concursos que ya entonces año con año organizaba *"El Universal"*; mi entusiasmo recibió el pan espiritual de que estaba hambriento; también participé en alguno de ellos cuando era alumno de la Facultad de Medicina, ocasión en que me venció mi amigo de siempre, el ahora escritor y director de cine Carlos Enrique Taboada. Este relato,

obedece a una razón: más o menos es la ruta propicia a nuestros jóvenes. Escuchan y oyen, más tarde, hablan y concursan. Para muchos de ellos, ahí termina su labor y ejercicio; triunfan solamente tres o cuatro y los demás, que se quedan en el intento, no lo reiteran por muchas ocasiones más. Es entonces, en el instante anterior al desencanto cuando la madurez del maestro debe intervenir y hacerle comprender al aficionado que para alcanzar lejanas metas es necesario saborear el acíbar del fracaso con frecuencia.

Ya lo he relatado en otros sitios y no me cansaré de repetirlo en beneficio de los jóvenes; los que fuimos alumnos de Don Erasmo Castellanos Quinto, ejercitábamos en su clase todas las manifestaciones de la palabra; y no faltaron ocasiones en que la timidez, la mínima valoración de sí mismos, la ineptitud, o la simple inhibición del momento, hicieron callar a los literatos en cierres. Entonces, el Maestro tenía para nosotros el regalo afectuoso de su comprensión infinita, descendía hasta la ofuscación adolescente con una verdad sencilla y absoluta: “¡Pero muchachito...!, —

le decía al afectado—, ¡Beethoven no escribió en una noche la Novena Sinfonía!”

¿Qué orador, poeta o novelista que se haya adentrado un poco en la ruta de la fama, sería capaz de asegurar con verdad que nunca supo de fracasos? Seguramente nadie. Y sin embargo, cuando el principiante acude a los consagrados para inquirir por el camino, se le manda por la ancha calzada del ejemplo final; y el que ha llegado se olvida, real o premeditadamente, del intrincado vericueto y la multiplicidad de obstáculos que hubieron de vencerse antes de salir al camino luminoso y fácil; y se olvida de lo más importante, de la voluntad necesaria para proseguir después de cada pequeño o gran fracaso.

Yo no fui orador para tribunas de concurso. Muchos de quienes lo intentan tampoco lo son. Pero el ejercicio de la palabra tiene una infinidad de aspectos y perspectivas, intervienen muchos factores de diversas cualidades que cada individuo puede encontrar en sus intereses o sentimientos, en la corriente emotiva que se establece *entre su público y él durante el discurso*. En

mi caso, hallé mi sitio en la arenga política durante una de tantas efervescencias que ha sufrido nuestra Universidad; el galardón perseguido no era ya el diploma, sino la convicción íntima de transmitir beneficios y la satisfacción incalculable de ir ganando terreno a la propia experiencia, de sentir la leve evolución de los defectos vencidos, de adquirir aplomo y certeza. Algunos más como yo, tuvimos la oportunidad del ejercicio oratorio; y si no ocupamos las primeras líneas en la batalla emprendida, sí vivimos plenamente la situación, codo a codo con Eduardo Estrada Ojeda, Elio Carlo Mendoza, Héctor Lara, —por mencionar a los más brillantes—, entre los que acudimos allí, en la calle, la más aleccionadora de las escuelas.

Lo importante es eso, que el principiante descubra el beneficioso valor del ejercicio; la vida estudiantil, es pródiga para ofrecer los medios adecuados: sin duda el corrillo, la clase, las asambleas, la política escolar, etc., satisfarán el desarrollo.

Nadie puede negar la utilidad del ejemplo, pero también es verdad que éste no basta.

Todo alumno de oratoria, todo aficionado, debe hacer un acopio inicial de tesonera voluntad, adquirir cierta cultura e indispensables conocimientos, que le permitirán fortalecer la idea que sustente; pero sobre todo, insisto, dedicarse a un incansable ejercicio que le permita elaborar sus personales recursos.

Me propongo además, en la medida exacta de mi posibilidad, recurrir en el presente libro al material obtenido en la experiencia y las fuentes directas, y en la búsqueda de la congruencia con los caracteres de nuestros jóvenes, de sus inquietudes y su proyectividad.

Me propongo despertar inquietudes más que formar oradores, pues ni siquiera los que ahora llegaren a serlo, podrían asegurar que lo serán más tarde; en cambio, el ejercicio adecuado de la palabra, es útil a toda actividad y una serie de pequeñas inquietudes juveniles, puede llegar a ser en la edad adulta el principio de fecundas elaboraciones.

Vaya pues el presente libro, con toda mi amistad y fe, a la mano joven y amiga que

sepa apreciarlo en el valor de la intención que me mueve a escribirlo; en el deseo, como diría Ermilo Abreu Gómez, de ser el huésped de muchos ojos tempranos.

Roberto Oropeza Martínez

EL CURSO DE ORATORIA

Existe una abundante literatura sobre nuestro tema, pero la mayor parte de ella, fuera del alcance directo del alumno de secundaria o de preparatoria. Muchos son los motivos de este alejamiento con todo lo insignificante de algunos de ellos. En la literatura especializada, acaso la mejor parte ha escapado del mercado para confinarse en olvidados anaqueles de biblioteca; otro importante sector, se relega al olvido bajo el noble polvo de los ejemplares clásicos que suelen despreciarse por viejos y anacrónicos; no faltan las ediciones agotadas o las demasiado finas, que están fuera del alcance estudiantil; y las que abundan y le son accesibles, a menudo son ediciones demasiado corrientes que si no le

resultan simples para su nivel, le son exce-
sivamente preceptivas o exemplificadas. En
una palabra no le son útiles. La razón es
demasiado sencilla, la Oratoria es dinámica,
vital, por ese motivo, no puede adquirirse
con "recetas de cocina".

He palpado en los muchachos, a través de
la práctica, su interés, la intensa curiosidad
formativa que despierta en ellos el descubrir-
se capaces para ejercitarse la Oratoria. Consi-
dero, por éste y por muchos otros motivos,
que la clase en que se imparte esta disciplina,
debe ser eminentemente práctica. Dicho de
otro modo, el orador "debe hacerse"; y en
este caso, ante un público más o menos nu-
meroso que escuche y observe las penalida-
des del orador en formación, que experimente
además en cabeza ajena lo que más tarde
habrá de practicar.

Es muy frecuente, tal vez más de lo que
podemos sospechar, la actitud de nuestros es-
tudiantes ante una capacidad que no han me-
dido. Parten equivocadamente de un prejuicio
generalizado, se aseguran a sí mismos "yo
no puedo"; y conforme contemplan un mayor
número de oradores, se va afirmando el con-

cepto por el más simple de los mecanismos;
se lo repiten tantas veces, que llegan a con-
vencerse de un hecho inexistente; si por ca-
usalidad o suerte, el muchacho escucha en
repetidas ocasiones a uno o a varios de esos
grandilocuentes que sean capaces de provo-
car su admiración, entonces la dosis afirma-
tiva del falso concepto se incrementa de
manera notable porque le lleva a idolizar sus
prototipos.

Aquí en donde nada más funge la palabra,
es imposible imponer la fuerza, todo debe
ser obra de un convencimiento absoluto.

He visto en algunas ocasiones, cómo el
muchacho duda unos instantes; su deseo de
participar lucha con su inhibición y le pro-
duce un balanceo entre levantarse y quedarse
sentado. Mientras el impulso que proviene
de su deseo de participar le produce refle-
jos musculares que casi le obligan a parar-
se de su lugar, ese grillete mental a que nos
referimos del "no puedo", le hace permanecer
sentado. Es el instante preciso para tenderle
la mano. La simple indicación amable del
maestro, puede romper entonces, y de manera
definitiva, el temor inicial que inhibe. Es muy

frecuente que una vez probada la experiencia, se tome por ella un gusto irresistible, pero mientras no haya el impulso voluntario por parte del alumno, ni llevándolo por la fuerza hasta el estrado hablará. Todo debe lograrlo una tenaz labor de convencimiento.

En esta situación he observado multitud de casos. Quiero destacar aquí nada más dos. Uno de ellos, es el de Rufino Perdomo, muchacho serio, casi adusto, sentado siempre en la parte posterior del salón, ni pestañeaba mientras sus compañeros hablaban; varias veces le vi columpiarse al borde de su asiento exactamente en la situación que he descrito y aprovechando el momento en que invitaba yo al grupo a participar sin obtener respuesta, me dirigí al compañero de junto señalando a Rufino: "—Manuel, empújalo..." Y Manuel Lerma que trataba de animarlo a media voz, apoyó su mano en la espalda de Rufino y lo hizo orador...

En realidad, tanto uno como otro, eran ya oradores, ni Rufino Perdomo ni Manuel Lerma aprendieron mucho bajo mi dirección, ambos disciplinados y deseosos de perfeccionarse, asimilaban las indicaciones con fa-

cilidad y rapidez; y muchas veces los vimos disputarse los primeros lugares, dentro y fuera de la Escuela de Coapa, en los concursos de Coyoacán, del PRI o del INJM.*

Es un caso semejante al de quien vacila ante el suicidio al borde de un precipicio o sobre el barandal de un puente, necesita de la mano amiga que le ayude a bien morir. Más bien, del que sube a los trampolines más altos de la alberca, se asoma y no se atreve; entonces, para disfrazar su miedo, da dos o tres cautelosos saltitos y se tiende sobre el tablón a recibir la caricia solar; cuando la necesidad colectiva de usar los trampolines, o el tiempo que juzga decoroso le obligan, se despereza, hace unos cuantos ejercicios para lucir la musculatura hercúlea, y con parsimonia desciende por donde subiera.

El segundo caso, fue el de Yolanda Colín, ocupaba siempre una de las primeras bancas y la avidez de su mirada seguía cuidadosamente los pasos de cada uno de los participantes; cuando terminaban su pieza oratoria,

* (Instituto Nacional de la Juventud Mexicana.)

los acompañaba otra vez con los ojos a su sitio; y en los silencios intermedios, varias veces vi en ella ese impulso contenido y en una ocasión de esas, sin preámbulo alguno le dije: "Habla de la mujer".

Yolanda entonces se levantó de su lugar y fue al frente, se quedó mirando a sus compañeros por unos instantes y de pronto empezaron a salir de sus labios notas más que palabras; una vocecita dulce y modulada, pequeña como su poseedora, dominaba sin embargo la atención de un grupo de cuarenta personas. No el vozarrón tonante de Manuel Lerma que obligaba a la atención con su tensitura de bajo profundo, no la voz media y templada de Rufino Perdomo, sino un pianísimo de suspiros, pero capaz de hacerse escuchar de todos y Yolanda ahora gusta el manjar de su propia palabra.

Además, he adquirido otra convicción fundamental: el maestro de Oratoria, debe ser ecléctico. Debe ceñir su intervención, aun a costa de la congruencia individual con lo estrictamente preceptivo. Las ideas del alumno, cualquiera que sea su tendencia, deben ser respetadas en su esencialidad; así, apro-

vecharemos las bases del grado educativo que haya alcanzado por su propio esfuerzo, para convertir sus aptitudes en factores creativos que nos permitan cimentarle nuevas adquisiciones. De esta manera se fincarán las bases de la autodidáctica que se fortalecen sólo en el personal interés, nunca en el ajeno.

Para esto, la vocación magisterial debe cumplir una prueba, transformar el pretencioso concepto directriz de destinos, en el de ser un simple trampolín para que el muchacho salte al máximo panorama de nuestra cultura; opacar si es preciso la propia individualidad a fin de proyectar la del joven hacia el futuro. No se me escapa la amarga perspectiva que propongo al maestro, al adulto tal vez ambicioso de su propia gloria —aunque sólo sea ante la vista admirada del alumno— necesaria, si efectivamente deseamos servir, hacer de ellos los factores que eleven el nivel medio de nuestra cultura.

Acuden al curso de Oratoria varias clases de alumnos. Abundan los que sólo buscan "pagar la materia", son los destinados a es-

cuchar simplemente mediante el pago riguroso de su asistencia; papel muy importante sin embargo. Otros, autosuficientes, llegan convencidos de que ya son consumados oradores; han ganado algún concursillo en su barriada o en su "club" y sólo asisten por el incentivo "de ver qué otro truquito aprenden"; éstos emprenderán el penoso camino de las desilusiones y el espinoso sendero de la autodisciplina que sepan imponerse, serán los que más necesiten el ejercicio que acabe vicios y defectos. Algunos —muy pocos— serán los que hayan logrado experiencias útiles a su expresividad oral; éstos se dan cuenta muy pronto que nada nuevo van a aprender, acaso encuentren, en cambio, la explicación lógica a toda problemática vencida por ellos, tal vez una que otra solución a lo que todavía les detiene antes de elevarse; pero ellos apreciarán mejor el valor de un auditorio dispuesto a escucharles, y si en realidad tienen voluntad de oradores, aprovecharán la ocasión que se les brinda. Por último, no faltará quien piense que sin ser orador, sin esfuerzo alguno de su parte, por el simple hecho de asistir a un curso de Oratoria, va a salir de

él cubierto de inmortalidad y montado en el Pegaso.

Para ellos, siempre he tenido el buen deseo de que muy pronto se haga la luz en sus entendimientos y puedan purificar su pecado en el sufrimiento del estudio. Amén.

He señalado y no está de más insistir, que nadie enseña mejor la Oratoria que la misma práctica. En un curso de Oratoria, tenemos los mejores elementos para efectuarla: hay un auditorio, que observará con interés los triunfos y fracasos de los participantes; y además con respeto, por la reciprocidad que le significaría el ser observado a su vez; y que deberá vencer cuando le toque el turno de convertirse en factor activo.

Tenemos en México, por fortuna, muy buenas bibliotecas que satisfagan las angustias de la inconsistencia. Todo alumno y todo maestro en nuestra actividad, puede comprobar y manejar estos elementos que solucionan la parte necesaria más importante de una problemática resuelta; ya que, fuera del curso de Oratoria, los intereses del auditorio deben ser captados y determinados por el orador.

EL JOVEN ORADOR

Los pintores me han enseñado un principio muy simple. Un día entré a una tienda donde se expenden materiales especiales a comprar un libro que llamó mi atención desde el aparador: *Cómo pintar al óleo*. Platicaba con el dueño del establecimiento una hermosa muchacha que observó atentamente mi compra:

—¿Te gusta la pintura?— me interrogó.

—Sí... —Respondí.

—¡Pues pinta!, ¡ve..., y pinta!

A mí no me parecía tan sencillo. Además, la situación planteada de manera tan natural, me impulsó a sostenerla un poco más a pesar de mi prisa:

—¿Tú, sabes pintar?, ¿estudias pintura? — Hizo un gesto afirmativo y me regaló una sonrisa. Seguí inquiriendo:— ¿Y qué es lo que debo ver?...

La pregunta sobraba. Tanto, que le causó cierto asombro: ¿Qué veían los pintores? ¡todo!, ¡todo lo que les gustara para pintarlo! Y me dio la mejor clase de pintura en diez minutos; me debía ir, no sin antes haberme enterado que ella estudiaba en “La Esmeralda”. Antes de salir, todavía mi curiosidad se aferraba:

—Y si es así, ¿tú por qué vas a “La Esmeralda”? ¿Por qué en lugar de ir allá, no te dedicas simplemente a ver y pintar?— Lo decía ya en la despedida, habíamos dejado la tienda. Todavía me alcanzó la respuesta:

—¡Tonto...!, ¡si sólo eso hago! ¿A qué crees que voy...?

Se lo platicué más tarde a Chucho Álvarez Amaya, amigo pintor, y su lección fue la misma:

—¡Pues claro!, tiene razón... ¿Tú qué te creías?

El primer obstáculo que habrá de vencer el orador principiante, es el de salirse de sí

mismo. Debe adquirir el necesario aplomo para colocarse ante un público y hablarle. Esto, sólo se logra haciéndolo. Es la justa equivalencia de la exclamación aquella: “—¡Pues pinta!”

Es más frecuente de lo que parece que nuestros alumnos de segunda enseñanza o de bachillerato nunca hayan dirigido la palabra a un auditorio; la razón descansa en que quienes toman parte activa en clases y reuniones, son ese tipo de alumnos destacados a los que el vulgo señala como “el más aplicado”. Desgraciadamente este tipo de alumnos representa un mínimo porcentaje en la totalidad; pero, es humano, sobre ellos recaen todas las representaciones.

Resulta así que un enorme conglomerado estudiantil ha carecido de la misma oportunidad, nunca han ejercitado en público el don de la palabra que tal vez poseen, porque siempre ha existido alguien de quien se suponía que lo hiciese mejor. Con todo, nadie es capaz de saber hasta qué grado tiene habilidad si no se decide a probarse y a ejercitarse.

Debemos señalar al principiante, para ser honrados con él, para que no piense que su

caso es una excepción, que todos los que hablamos con más o menos costumbre ante auditorios numerosos la primera vez que lo hicimos nos dio miedo. Pero no ese miedo primero que se siente antes de hacerlo, no el del actor que lo experimenta antes de cada función como algo familiar, sino el terrible o soportable, —según el carácter de cada quién—, que se siente al mismo tiempo que se habla en la ocasión inicial cuando todos los ojos del público “pesan” sobre la endeble fuerza psíquica de los propios.

Citaré algún ejemplo: recuerdo a un alumno judío, pelirrojo, tez blanca y pecosa, regordete. La primera vez que habló ante un público, se convirtió en un auténtico semáforo humano. Se apellida Schein Gojman. Hube de indicarle que volviera a su asiento porque estuvo a punto de sufrir un desmayo; con todo, su firme voluntad le llevó algunas veces más a intentarlo; enrojecía y palidecía, temblaba y sudaba..., hasta un día en que de súbito se produjo la sorpresa. Uno de sus compañeros de grupo expuso ideas antisemitas, discriminantes, crueles... Schein Gojman no volvió a cambiar de color. Siempre rojo,

ahora sí que hasta la punta de los cabellos, se convirtió en el más fogoso defensor del pueblo judío. De un día para otro, se hizo orador. Cada error que yo le señalaba, desaparecía después de algunos intentos; al terminar el curso, me dejó el premio de un efusivo apretón de manos. El orador no pudo articular palabra.*

Cuando a la edad de siete años, intenté recitar por primera vez en un festival escolar, fue tan fuerte la impresión, que abandoné el lugar con llanto en los ojos y una ruda tenaza en la garganta; seguramente el lector de estas líneas habrá visto ya algunas escenas semejantes; o tal vez, ¿por qué no?, las habrá vivido.

Este fenómeno es de lo más natural cuando no se ha traspuesto esa primera experiencia. Se afirma en los círculos familiares que “los ojos son el espejo del alma”. Imaginemos pues, en el caso a que nos referimos, que muchas almas nos observan desde sus ventanas cuando en plena inocencia desnudamos

* Recientemente, he vuelto a ver su nombre en importantes tribunas científicas. —R.O.M.

la nuestra a la mitad de una amplísima plaza de atenta soledad...

Con todo, cuando el principiante haya sufrido esa primera vivencia, en la segunda y tercera ocasiones le será menos amarga, pues sólo la repetición de la misma, le hará cobrar seguridad. Debe recordar, sin embargo, no soportar de manera conjunta y directa la mirada de todo el público.

Al principio, es preferible que no vea a nadie en particular, que eleve la vista sobre todas las cabezas del auditorio, o bien que se dirija a una sola persona, y si ésta le atiende sin mirarlo, mejor; así, insensiblemente y tarde o temprano, se acostumbrará a lo que hacen todos: ver sucesivas facciones, escudriñar entre el público en busca de los desatentos y darse el lujo de obligarles a escuchar ante la simple presión de dirigirse precisamente a ellos.

Para vencer este miedo, es necesario afirmarse en el propósito —y en el hecho— de hablar repetidas veces en presencia de auditorios numerosos, de practicar con frecuencia. La práctica, nos hará sentir el contacto anímico con nuestro público y a medida que adquirimos confianza, vendrá la sensación de

una corriente que se irá acrecentando conforme el interés incremente la simpatía de los escuchas y se vaya elevando el apasionamiento general. Es como si se recibiera esa corriente ya transformada, tal como sucede con la electricidad que llega a nuestras casas con menor potencia de la que llevan los cables de alto voltaje. Claro está que la corriente eléctrica se hace pasar por transformadores, pero el orador debe ser en cierto modo un transformador de potencia anímica y aprovechar ésta en beneficio personal.

Ante el mayor interés del público, mayor debe ser la fuerza sentimental que el orador le comunique pero ésta se genera paulatinamente, conforme el mismo interés se va ganando en el transcurso del desarrollo; ante la emoción cálida del auditorio, el orador debe cobrar apoyos para su entusiasmo, crecer en la propia fuerza y arrancar el aplauso al corazón y a las manos de quienes escuchan.

Éstas son las “corrientes” de simpatía, de inteligencia, de cordialidad, que conducen a la comunión entre los oradores y sus públicos, las que favorecen ambientalmente, el lo-

gro de los objetivos hacia los que el orador se proponga la conducción convictiva.

Al principiante, se le recomiendan varias cosas para ayudarle a superar su situación ante el público; pero sólo el momento dirá a su personal disposición qué cosa debe hacer como la mejor. Puede mirar sobre todas las cabezas como decía con anterioridad; algunas personas, y acaso sea la regla más recomendada, dicen que "debe hablarse como si el auditorio no existiera"; esto, desde luego no es fácil hacerlo para un orador novel porque no puede negar lo que tiene enfrente como una evidencia ineludible; no falta el consejo de ver a la frente evitando los ojos del espectador; ni falta tampoco quien recomiende bajar la vista para no ver nada; ésta última, debiera ser quizá la única recomendación que no deba seguirse, pues acentuaría de manera notable la timidez del orador ante la percepción de sus espectadores. Con todo, aun esto último, que algunos hacen sin premeditación, es preferible a la inhibición total. Desde luego, y también ya lo he señalado antes, lo mejor sería para el principiante —indicado por el maestro si es necesario— que intente

desde la primera ocasión lo que habrá de terminar haciendo, saltar de una vista a otra, tratar de dominar con ella a cada uno de sus escuchas y mirarlos agresivamente si es preciso, con todo el impulso que pueda obtener de las propias convicciones; debe considerar al público tal como es: la suma de muchas individualidades; de esta manera, aprenderá con rapidez a dar mayor vitalidad a su palabra.

Otro de los enormes problemas para nuestros alumnos cuando se inician, es el tema. Tienen una enorme e inexplicable dificultad para seleccionarlo. Nunca les doy un tema. "¿De qué quiere usted que hable? No traje nada preparado". Bajo un concepto personal, nunca les doy satisfactoria respuesta; al solicitarme un tema, se lo niego o les busco alguno imposible, tal como "La influencia del datura stramonium en la evolución zoológica".

Cuando se trata de un orador consumado, sabe siempre a qué asunto habrá de referirse, por lo general el tema le es conocido de antemano y en no pocas ocasiones el público acude a escucharlo deliberadamente. Cuando el orador responde a la situación circunstan-

cial, a la actividad política, o a la simple relación social, cuando forma parte de un programa cívico, o aun cuando la exigencia del momento le obligase a improvisar, la situación misma de los hechos u ocasiones, le habrán de señalar el tema que deba desarrollar. Nuestros jóvenes, en cambio, tienen la oportunidad, tienen el público, pero no tienen tema.

¿Por qué entonces no dárselo? ¿De dónde mi empeño para no allanarles ese gran obstáculo? Porque pienso que así se les coloca en mayor dificultad de "laboratorio", considero que ese problema deben superarlo por propio esfuerzo, para que afirmen su personal posición ante los auditorios más heterogéneos; sólo así llegarán a captar la problemática que despierta interés y la que causa tedio; los asuntos que apasionan con facilidad y los que son totalmente indiferentes a la atención general.

Con todo, antes de hablar, y en un medio tan adecuado para la práctica juvenil como es la clase de oratoria en una escuela, nuestros oradores en ciernes deberán reflexionar un poco en la relación que pueda establecerse entre los intereses del auditorio y los que

surjan del propio sentimiento. A pesar de la aparente dificultad para hallar un tema adecuado, el medio, el espíritu escolar, la uniformidad en los programas de estudio, las aficiones análogas, etc., serán campo fértil para que el muchacho descubra el cariz de la temática adecuada.

Si las corrientes del pensamiento son comunes entre el orador y sus oyentes, aunque no diga nada importante sólo con atacar el tema que los une —ésto es muy frecuente en la arenga de tipo político— y adecuar más o menos tres o cuatro adjetivos fuertes, arrebatará a las multitudes. Si en cambio no está de acuerdo con el sentir general, será necesaria toda su habilidad para hacerse escuchar. Y si por desgracia, tiene que hablar en contra de los intereses de su auditorio, deberá hacer acopio de una lógica y un razonamiento tan precisos, tan claros, que nadie quede sin comprender; además, le será necesaria gran dosis de valor y presencia, de manera que el público se sienta absolutamente dominado por la fuerza que del orador emane.

He dicho "por desgracia", porque no deja de serlo —y en muy diversos grados— el

hecho de que un orador se enfrente a un público adverso; con todo, nunca se debe aconsejar que se abandone la empresa. Si un orador no es grato a su público, y ha adquirido la firmeza para hacerse orador de veras, tanto mejor para él, porque habrá llegado entonces el momento de probarse a sí mismo en la más dura de las pruebas y en el más satisfactorio de los triunfos cuando haya dominado la situación.

Es el orador de lucha el que dicta con su palabra el destino de las multitudes, el que manda y es obedecido. La lucha con el auditorio determina el momento crucial para la fuerza interna de cada orador. He visto caer en el más doloroso de los fracasos, a oradores consumados, que cuando han tenido auditórios gratos, arrebatan el entusiasmo haciendo florecer las ideas; y he visto algunos de quienes no se esperaba nada, que de pronto se elevan sobre un público feroz para gritarle su presencia y hacerse escuchar. Entonces la desgracia que señalaba, se puede superar: lo infeliz es tener que hacerlo, pero debe intentarse cuando realmente se anhela hacerse un orador completo.

El primer éxito de Carlos Arocha Morton, ahora respetable maestro universitario, tuvo como principio el dominio total de un público hostil. En un concurso preparatoriano, el Anfiteatro Bolívar se hallaba atestado hasta las escaleras; cada grupo de la escuela iba con la determinación y el entusiasmo decididos a ver triunfar al compañero de banca, al que tenía su solidaridad y su afecto; por ese motivo, lo apoyaban con todos los medios a su alcance: la porra entusiasta para el amigo y el más espantoso escándalo y la rechifla para todo otro concursante. Algunos no lo soportaron. Cuando Arocha Morton al tocarle el turno hizo varios intentos de iniciar su discurso, la scandalera fenomenal no se lo permitía; esperó unos momentos, y crecido ante la multitud les arrancó con un grito la sorpresa: “¡No me callarán ni rayos, ni centellas, menos una canalla como ésta!...”

En el instante del asombro, se inició el discurso y ya nada lo detuvo. El interés de su palabra cimentado en el insulto inicial, le llevó a obtener el primer lugar de aquel concurso. Desde luego, no es recomendable hacer algo semejante si no se tiene la absoluta

seguridad de absorber la atención y el entusiasmo del auditorio.

Considerada pues, esta falta de tema como un hecho estructurativo en la clase de Oratoria, resulta una ventaja para el orador puesto que más tarde, en la aplicación práctica, dicha carencia está destinada a desaparecer.

He visto recomendar en algunos textos que el maestro señale una lista de asuntos a desarrollar para que el alumno elija el que más le convenga; otro consejo frecuente, es el de que los estudiantes propongan esta lista de temas para polemizar más tarde sobre alguno de ellos.

Puede, naturalmente, recurrirse a esto, aunque cae en la aplicación de procedimientos tradicionales; pero no deja de ser el invariable uso de elementos que vician la iniciativa. Se suelen obtener interesantísimos asuntos, con el simple cuidado de consultar la primera plana en los periódicos del día, los editoriales, los noticiarios de radio y televisión, los cortos filmicos, etc. En resumen, hay tantas fuentes de indicación temática, como nuestra fantasía pueda permitirnos en la búsqueda, como la

malicia o la sabiduría individuales puedan aportar al orador para encontrar sus fuentes de consulta.

Al dejarlos sin tema, pretendo obligarlos a buscar dentro de sí mismos, aunque muchas veces acaben coincidiendo con lo que habrían podido obtener de las fuentes mencionadas; con todo, habrán hecho un esfuerzo memorístico, habrán entrado en su pensamiento y en su sentimiento, sin ayuda ajena a su voluntad; pues el poder de iniciativa es uno de los factores más importantes en los procesos de creación.

Cada individuo, por insignificante que se considere socialmente, posee una infinidad de ideas que expresa en su charla con los amigos aun cuando sea de manera superficial; las externa en las conversaciones familiares, en el café, en el trabajo, en la calle, etc. Indudablemente, todo ser que piensa expone alguna vez sus sentimientos más íntimos, los anhelos que se propone alcanzar algún día, los dolores, las iras y las alegrías que la vida proporciona en determinados momentos. Para esto, nadie necesita estudio específico, lo pone en práctica incluso un

analfabeta: obreros o artesanos que nunca han ocupado un sitio en las escuelas de educación superior, habitantes de regiones a las que jamás ha llegado un maestro rural... ¿Cómo no van a poder hacerlo nuestros muchachos que visten orgullosos los emblemas de su escuela secundaria? ¿Cómo no van a poder nuestros cultos bachilleres? ¿De qué discuten en sus barrios, en el club o en el café que frecuentan? ¿Qué temas les apasionan en bailes y neverías? ¿Cuántas cosas les irritan o les satisfacen de "los adultos"?

Naturalmente que pueden. Con toda seguridad lo practican más de lo que piensan al simple intento. Lo que sucede es que al pretender el ejercicio oratorio, sufren un choque diferenciativo de situaciones. Claro que el aula o el salón de actos, reúnen un auditorio mayor; y que ninguno de los dos sitios, o alguno análogo, son como el corredor de la escuela, como una nevería, ni como un café o el billar; pero el ser humano sí es el mismo en cualquiera de estos sitios que se encuentre.

Debo aclarar a nuestros jóvenes que de ninguna manera creo que vayan a expresarse

en la clase de oratoria en el mismo tono y con los mismos vocablos que usan en cada uno de los lugares que he mencionado. Sólo pretendo señalar algunas de las ocasiones en que hablan con mayor facilidad, recordar los temas que les apasionan en otros sitios y que, expuestos adecuadamente, pueden ser los mismos que agraden a todos en la escuela.

Cada individuo tiene siempre uno o varios intereses vitales, algo que le importa más que todas las cosas, sabe lo que determina su vocación o sus aficiones; pero tiene además, muchos intereses comunes a su medio, a su época, algo que lo mismo interesa a él como a quienes le son semejantes. De todo esto, puede hacer derivar su temática personal, la intención y los conceptos que le lleven a "hacer su ambiente", el descubrimiento siempre apasionante de las inquietudes que se pueden desplegar en beneficio del mundo que nos rodea.

No existe nadie que sea realmente insignificante. ¿Cómo puede serlo quien está presente en la vida? ¿Cómo puede serlo quien es joven? El muchacho debe adquirir con-

ciencia, lo más justa que le sea posible, de su propio valer; sería mejor que llegara incluso a sobreestimarse con tal que tenga cuidado de no exhibirlo, y esto por el simple peligro de parecer pedante; pero si esta conciencia no cabe en su interior y necesitare ser expresada, le bastará lucirla sin gritarle a todos "¡aquí está!"

El valor personal, la cultura, todas las virtudes, esplenden en su propia naturaleza, sólo debe tenerse la seguridad de que con su presencia será suficiente de la misma manera que se usa un traje o un vestido nuevo al que, sin embargo, sabemos que se le deben quitar las etiquetas del precio o de las marcas comerciales. De todos modos, el mismo medio se encargará de centrar las supraestimaciones a su justo nivel.

En una palabra, la calidad de lo que se piensa y se dice, ya tiene su consistencia propia. Sería vergonzoso enarbolar un error como producto de profundos estudios, pues no podemos saber hasta dónde llega la sabiduría de aquellos que nos escuchan y callan; correríamos un riesgo intelectual semejante al del Periquillo Sarniento cuando en una ter-

tulia a la que asisten doctos clérigos, pretende lucir sus "conocimientos" acerca de los cometas; y después de remontarse a insospechadas alturas por el camino de las supercherías y consejas, se ve bruscamente apabullado hasta el nivel de su falsa pedantería ante la vista curiosa y lastimera de las damitas a quienes pretendía deslumbrar.* ¿Quién, hablando con sinceridad, en el camino escabroso de las polémicas intelectualoides no ha cometido pecados semejantes? Con todo, el castigo es en muchas ocasiones despiadado y necesario; y se paga en moneda de vergüenza; pero es preferible eso a sembrar un ridículo que se difunda silenciosamente dejándonos a nosotros la conciencia de que nuestras actitudes y conceptos fueron positivos. Recuerdo alguna vez que aseguré poseer un libro sin saber que todavía no salía a la venta; cuando su autora, la maestra María Edmée Álvarez, entonces jefa de clases en mi asignatura, visitó mi domicilio para enterarse cómo lo había adquirido porque temía ante mi afirmación

* Fernández De Lizardi, José Joaquín. -*El Periquillo Sarniento.*- Cap. VI.

un posible fraude de los impresores, me hizo falta toda la presencia de ánimo de que era capaz para soportar el bochorno a que me condujo una pedantería sin objeto. Bien decía Juan Jacobo Rousseau que "no hay mejor disciplina que las consecuencias".

Todo se puede expresar por medio de la palabra. Nada hay en la vida que escape a su dominio, pero sólo al pensamiento individual le pertenece encontrar la forma adecuada, la que podrá construir puertas de salida a las vivencias que contiene cada ser.

REFERENTE AL DISCURSO

Cuando decimos *discurso*, el común de la gente, nuestros muchachos de enseñanza media, inclusive, piensan en el orador. Discurso no es necesariamente una pieza oratoria. Es todo lo que se razona, un hilvanamiento lógico del pensar humano, argumentación de ideas con la finalidad de transmitir el pensamiento que se eleva a sus valores estéticos. Es, como indica la etimología del verbo que lo dinamiza, "correr por diversas partes y lugares".

Aunque aquí se busca la orientación necesaria al discurso oratorio, es preciso que quien practique el uso de la palabra sepa elegir lo más acorde con su temperamento; y sepa abordar, aun cuando sea en vía de ejercicio, los múltiples senderos que han re-

corrido ya quienes le han precedido, por descabellados o fantásticos que le parezcan; pues lo mismo es discurso por escrito que de palabra, lo mismo se produce en el aislamiento del estudio frente a un espejo o a un escritorio, que ante el más agitado de los auditorios; igualmente ante las arenas del desierto, tal como lo afirma la Biblia, que como lo hacía Demóstenes, ante el oleaje majestuoso del mar.

Cada individuo que se inicia en el estudio de la palabra, o que ha usado de ella, sabe de antemano la aplicación que pretende dar al gradual perfeccionamiento que vaya logrando. En muchas ocasiones dicha aplicación depende por completo de la índole central de las actividades. En la vida actual, el hombre ha llegado a establecer conciencia de que en su poder expresivo radica gran parte del éxito. Nuestra vida de relación, exige el constante uso de la expresión y es indiscutible que para todo estudiante resulta un elemento indispensable en la básica afirmación de su cultura.

Desde las primeras noticias legendarias de Grecia hasta el apogeo mismo de su

esplendor en el Siglo de Pericles, fue la Oratoria una de las actividades que llenaron la primordial inquietud del ser humano. El agoreta suplicaba a los dioses que pusiesen las palabras adecuadas en sus labios; y desde que aparecieron los tratadistas en la materia, hasta nuestros días, la Oratoria ha venido sosteniendo, —con escasas variantes— una manera tradicional para la estructura del discurso oral; esta costumbre de establecer una sucesiva serie de “escalones”, o la graduación de los factores en que estribé un “argumento formal”, es lo que ha originado una preceptiva que ya no es congruente con nuestra época ni con las actuales necesidades expresivas del orador.

Consideremos que en la Oratoria, como en toda manifestación literaria, *primero fue el hecho y posteriormente su reglamentación; antes existen las obras de arte y sólo eso permite que en ellas se investigue la técnica, y se establezca su preceptiva*. Esto que afirmo de tan simple manera, es un sencillo principio que en materia de Arte nadie niega, pero que a menudo se olvida en su calidad de principio.

De ninguna manera quiero negar al estudio preceptivo de las disciplinas artísticas su calidad e importancia. Ya al decir "disciplina", señalo que la preocupación preceptiva debe ser restringida *a su valor disciplinario* y lo encarezco con este sentido estricto, en lo que se introduzca como elemento formativo del orador.

He observado muchas veces en mis alumnos lo que significa el hecho de adaptarse a una disciplina. Es muy natural que en la clase se hagan frecuentes críticas que están dirigidas —aún sin que el muchacho se percate— a indicar el cauce determinado ya, por las reglas preceptivas; cuando se pliegan a las indicaciones, puede costarles mucho esfuerzo, pero al cabo de algunas intervenciones normadas por la autocritica y por la observación detallada del maestro, resulta notable y gratificante el progreso que van alcanzando; cuando por el contrario, no logramos en ellos el convencimiento o el deseo de superarse, siguen cometiendo los mismos errores, afirmándose en sus defectos, y muchas veces —esto es lo más lamentable— luciéndolos a la vista de todos los públicos y ridiculizando

zándose a sí mismos en el autoconvencimiento de que lo hacen muy bien.

Recuerdo uno de ellos en especial, aunque no ha sido el único; de éste no diré el nombre porque pudiere ofenderle y nada más lejos de mi ánimo que causar molestias a quienes estimo, pero es un caso típico del defecto que señalo; a pesar de tratarse de un alumno de bachillerato terminado, en quien debe presuponerse cierta cultura, comete varios barbarismos: se come o medio pronuncia la "s", agrega muchas veces una "n" inútil abusando de la palabra "nadien" entre otras, usa demasiado las muletillas "este" y "entonces", etc.; pues bien, durante dos años en clases de tres veces por semana, se había ejercitado en frequentísimas ocasiones, un mínimo del 70% del total de sesiones; en todas estas veces, hice notar y señalé en variadas formas la necesidad imperiosa de eliminar defectos pero no obtuve el menor de los resultados. Más tarde, a dos años de distancia, según su propia aseveración, se dedica "a la política estudiantil", y de todo el grupo, "no hay nadien que me pegue en la Oratoria..."

Todavía, al inquirir por sus defectos, le hace al mismo tiempo la recomendación de que no dejara de vigilarse, que es muy necesario dominar esas pequeñeces porque luego nos convierten en centro de críticas y burlas; pero al hacerla sabía que después de tantas veces reiterada con anterioridad, no surtiría ningún efecto. Así fue y seguirá siendo.

Sucede que hay cierto tipo de muchachos que se dan perfectamente cuenta de sus fallas, las reconocen y son capaces de identificarlas en el momento mismo que éstas se producen, pero no se esfuerzan por corregirse; una vez cometida la falta, la consideran irremediable y la repiten con toda tranquilidad. Es cuestión de pensarlo dos o tres segundos antes de emitir el vocablo que provoca el problema, y ya.

Para ayudar a eliminar este tipo de barbarismos orales, acostumbro hacerles una indicación muy simple. A veces da resultado y a veces no, pero en los casos negativos, he podido comprobar que sólo se trata de una falta de atención. Primero les digo que en el momento de pronunciar un discurso, es necesario efectuar lo mismo que en la lectura

para hacerlo bien. Los que leen en voz alta con malos resultados, es porque tratan de pronunciar las palabras al mismo tiempo que las ven; si los ojos, —cosa que es muy sencilla— van un poco adelante de lo que se dice, entonces se mejora notabilísimamente la lectura. En la Oratoria se sigue un sistema análogo, el pensamiento debe ir un poquito adelante de nuestra pronunciación. Así, cuando decimos algo, ya ha pasado por nuestro cerebro y se puede pronunciar mejor.

Cuando tratamos de eliminar una muletilla, lo único queharemos para lograrlo con nuestra crítica, es hacerla más notable; se le repite o se le cuenta al orador tantas veces como la repita él: éste... éste..., y acabará sin duda por desterrarla. Aunque lo ideal, es lograr que él mismo se vigile; si el pensamiento va por delante de la palabra será fácil suprimir la voz repetitiva o suplirla con un apoyo diferente.

Esto, y muchas otras cosas que resultarían prolijas, me hacen pensar en la necesidad de insistir en que primero fueron los oradores, y sólo en el momento en que se convirtieron ellos en un nombre y un recuerdo históricos,

se arrancó a sus mismas palabras la ruta preceptiva. Fue la imitación, el deseo nacido de la misma actitud contemplativa ante la individual manera de externar el pensamiento, la admiración que produjeran en sus oyentes los maestros de la palabra, lo que condujo a los eruditos a ejecutar el análisis, a tratar de desentrañar el secreto del "cómo se hace"; en conclusión pues, lo que he venido reiterando: primero existió la obra de arte, y obteniéndolas de su naturaleza misma, se emitieron las reglas para ejecutar nuevas obras.

Las artes todas han sufrido con el tiempo transformaciones importantísimas en la medida que han dado cupo a los innovadores, a la revolución de formas y de técnicas, a las más o menos frecuentes intervenciones experimentales que se elevan a la calidad de preceptos. A ningún entendimiento puede escapar que si se abordan los terrenos de la experimentación, cualquiera que sea la índole de la disciplina en que esto suceda, debe ser con la intención definida de buscar benéficas mutaciones.

No debemos, con todo, apartar nuestra atención de uno de los principales aspectos en

cuanto a la perdurabilidad de la obra. El arte tiende a ser trascendente, a fijar definitivamente el impacto sentimental que produjo el hecho artístico. Ciento es que la Historia registra con abundancia los nombres de oradores que alcanzaron la inmortalidad por las específicas virtudes de su palabra y de su pensamiento; sin embargo, el efecto inmediato nada más pueden apreciarlo quienes tienen la oportunidad de escuchar en el momento y ocasión que el discurso se produce; a la posteridad sólo queda el retrato que entrega el testimonio. Aún en nuestra época, y con la ventaja de las grabaciones en cintas magnetofónicas, carecemos del espectáculo visual complementario y la película sonora, que sería lo ideal, es todavía demasiado costosa para la simple finalidad de hacer perdurable un discurso pues si no es en fragmentos, no tengo noticia de que hasta la fecha se le haya dado esta aplicación determinada.

Ante la contemplación artística de una pieza oratoria, para que fuere integral, para hacerla cumplir con un cometido estético ante el espectador, sería necesario que este asis-

tiese al preciso momento de la creación; al instante feliz en que la emoción nacida en contacto con un público, motivado también, hace al orador apoyar con su presencia y su calidad oratoria a la idea, que por razón natural, encontrará su mejor timbre en la misma cuerda vital que se genera.

Muy variados son los intentos que se han ocupado de explicar la estructura del discurso, ya con espíritu preceptivo, ya con la simple pretensión analítica que, aunque no lo especifique, se dirige también a una sola finalidad.

Hasta nuestra época, en viejos o modernos estudios, ha prevalecido (sic) la idea de "escánnos" o "pasos" en la necesidad de los preceptores que establecen un escalonamiento para la ordenación lógica del pensar.*

Encontramos en estos intentos alguna variedad, pero todos ellos coinciden en lo fundamental; lo tradicional admite, para la ilación de ideas, una nomenclatura que po-

* No me refiero a ventaja, predominio o permanencia de la idea que por la sinonimia y paronimia —o acaso la costumbre— me harían usar *prevalecido*, sino al *matiz* de validez exigente hasta ahora, que es lo que pretendo invalidar por simplificación. Aclaro, porque en la anterior edición alguna crítica lo atribuyó a ignorancia sin acudir al diccionario que registra como correctos ambos términos, procedentes de raíces diversas.—R.O.M.

dría resumirse en los siguientes puntos sucesivos del discurso:

- a) Exordio.
- b) Sistematización o División.
- c) Exposición.
- ch) Razonamiento o Tesis (en algunos casos, por separado).
- d) Apelación o Increpación.
- e) Finalidad o Conclusiones.

Se pretende, con este sistema, indicar un verdadero camino a seguir. Es la carretera central por donde todo vehículo ha transitado. Seguramente el interés del orador que acierte a formarse en la básica cimentación de la lectura, encontrará otras gradaciones semejantes a ésta, pero en el fondo hallará una diferencia tan leve, que carece de importancia.

De lo dicho, podemos desprender que todo principiante debiera recorrer el añeo y transitado sendero antes de aventurarse a la exploración de otros. Esta es la parte disciplinaria del aprendizaje, la que habrá de hablarle de su propia calidad, de su fuerza interna y que habrá de fungir al mismo tiempo, ante el gran medidor de capacidades que

es el auditorio y que dará al orador que se inicia, el índice de velocidad en su crecimiento.

Por este motivo, es muy importante que el auditorio del estudiante no quede restringido al que la clase proporciona; el orador debe hablar siempre ante quienes se muestren agrados de oírle y buscar el mayor número de ocasiones que le brinden esta oportunidad. Empero, se hace necesario que adquiera desde el principio, una de las más útiles pero difíciles cualidades, la de medir el tiempo que habla, la intensidad emotiva que provoca en su público así sea numeroso o escaso, pues uno de los peores enemigos del orador sería el abuso de la paciencia auditiva ante sus auditorios.

Todos hemos sufrido en alguna ocasión a personas que martirizan nuestros oídos y entendimiento con estulticias; procuremos no ocupar ese sitio, pues si tenemos alguna afición oratoria, lo único que lograremos con este proceder, sería firmar en abonos fáciles nuestra sentencia de soledad.

Es preferible iniciarse predicando en el desierto o ante las olas del mar, para terminar

en una tribuna, que empezar en la tribuna para acabar en el desierto. Es vital para el orador adquirir una conciencia administrativa de sus palabras; él, más que nadie, debe medirlas cuidadosamente y pulsar su alcance para saber proyectarlas con seguridad. El placer de escuchar retiene mejor a los oyentes, que la más exigente obligación.

A pesar de la naturaleza preceptiva o analítica que he señalado para los "pasos" o "escáños" de la alocución, al ajustarlos a la funcionalidad para escribir un discurso, o bien, —con mayor razón—, para decirlo, su utilidad queda reducida a la simple estructura, al elemento mnemotécnico que sirve de apoyo al desarrollo, al plan que va determinando las secuencias, pero en la mayoría absoluta de las ocasiones carece de utilidad práctica.

Las técnicas modernas, en toda manifestación artística o cultural, tienden a simplificar, se reducen al mínimo, en beneficio de su efectividad en el terreno útil. Con todo, atendiendo al principio disciplinario ya señalado, trataré de facilitar el conocimiento del camino tradicional:

EL EXORDIO consta por lo general de dos partes, la primera es el *Vocativo* (del lat. *vocativus*, lo que llama). Es el primer contacto del orador con su público, el que sencilla o complicadamente lo nombra; desde el simple: "Damas y caballeros" o "Señoras y señores" con que se inician miles de peroratas, hasta el que nombra en orden jerárquico a todos los presentes, o bien el más rebuscado que a la fértil imaginación humana pueda acudir.

En ocasiones, con la deliberada intención de conseguir algún efecto especial, se acostumbra suprimir el *Vocativo* para abordar el tema de inmediato, lo que, como segunda parte del *Exordio*, se conoce por *Enunciación*; pero en este caso especial a que nos referimos, el tema debe ser *enunciado* de la manera más brillante que sea posible, sin olvidar que *una vez captada la atención general*, su función ha terminado.

En varias ocasiones escuché de labios de D. Erasmo Castellanos Quinto una aseveración que debiere elevarse a principio normativo; al referirse al interés humano, aseguraba: "La primera impresión es la que

vale en el ánimo de quien contempla". Con esto, afirmo el poder inicial de la idea y su presentación en el vocablo. Lo que se diga en primer término, será el chispazo que encienda el interés, el punto inicial que capte atención y simpatía en el auditorio.

Es muy importante además cuidar, al exponer esta primera idea, no exagerar el tono ni desmesurar las actitudes porque puede provocar hilaridad, o simplemente un efecto contrario al que buscamos. Insisto, porque así lo he observado, en que es la idea y no la forma lo que mejor función ejerce como instrumento de atracción para todos los públicos en el momento de principiar; una vez captada la atención primera, será necesaria la habilidad personal de cada orador para sostener el interés constante.

Recuerdo al respecto un suceso en la Preparatoria Nocturna de Coapa: se organizaba uno de tantos concursos estudiantiles al que de manera inusitada concurrieron el entonces Director General de Enseñanza Preparatoria, Lic. Raúl Pous Ortiz y varios directores y secretarios de diversos planteles. Llamó poderosamente la atención de la concurrencia

y del jurado la serie de despectivos desplantes en un menudo orador; luego de alejarse del micrófono y de la improvisada tribuna, se dirigió al ángulo más apartado del salón desde donde se levantó en puntillas de pie para espetarnos el siguiente vocativo: “¡Compañeros universitarios todos los que estáis aquí: . . . !”

Por desgracia, no supo aprovechar el asombro inmediato al impacto que rompía las formalidades, porque no tuvo habilidad para encaminar el interés general; pero lo inesperado de su llamamiento, la igualdad absoluta en que nos ponía desde las autoridades hasta los alumnos, fue como energética orden de silencio que suspendió el interés al inevitable imán de su palabra.

La SISTEMATIZACIÓN o DIVISIÓN, es uno de los pasos que han desaparecido en absoluto del discurso expreso en la Oratoria moderna. En la actualidad resultaría ridículo decir ante un auditorio “las partes” de que va a componerse una pieza oratoria. No faltaría quien recordase de inmediato el común chascarrillo del payaso que adopta posturas declamatorias y dice: “Señoras y señores, el

importante asunto de que voy a hablarles, consta de tres partes: la primera, la segunda y la tercera”... Y a pesar de ser un chiste tan malo y tan común, siempre tiene éxito en la directa proporción que se logre al ridiculizar en la exageración de la forma.

Cuando se planea un discurso, ya por escrito, ya para ser dicho con posterioridad, es la parte más importante: la que va a quedar en silencio, de la que el público no se va a enterar; pero de un buen planteamiento sistematizado, depende en muy buena dosis el éxito. Dar a conocer al público el desarrollo, sería como enseñar el andamiaje de la escenografía en una obra teatral y causaría el mismo efecto, restaría calidad al encanto de la presentación; pero si el desarrollo no estableciera una fuerza continua que sostenga el interés durante el tiempo que dure el discurso, la calidad general y el ánimo de los oyentes seguirían una paralela declinación.

Es casi de dominio general entre los principiantes el pensar que para obtener cierto grado de categoría en la disertación, “debe ascenderse poco a poco hasta llegar a un clímax”; y ya en él, reunir todas las buenas

cualidades de emotividad, tesis y sentimiento enfático; y todo ello, respaldado por la fuerza total que pueda desplegar el orador.

El paulatino ascenso, es la lógica conducción de elementos que preceden al momento mencionado, la argumentación que afirme el razonamiento y que pueda convertirse en contundencia irrefutable. La forma y el tema que se desarollen deberán aumentar en importancia e interés hasta alcanzar la idea central, *la tesis* que se desea sostener, para que sea entonces cuando concurran todo el énfasis, toda la emotividad y todo el mensaje sentimental que sean posibles; y a partir de ese momento mientras más rápido se den las conclusiones, o se engalane el discurso con un final concluyente, mayor será el triunfo para el orador. Es frecuente ver cómo una vez logrado el entusiasmo del público, éste suele enfriarse por una excesiva distancia entre el clímax y el final.

Cuando en un concurso estudiantil, en una ceremonia o en cualquier acto público se hace necesaria la improvisación de un discurso, y se le da al orador un breve lapso “para que reflexione en su tema”, debe pensar en

la *sistematización*. Es imperioso para quien hace uso de la palabra, visualizar de antemano la paulatina sucesión de ideas que habrá de desarrollar; aunque, insisto, no debe exponerse nunca el plan; es la pieza oratoria íntegra la que habrá de imponerse por su propia calidad, ya que el desarrollo mismo será lo que vaya indicando el sistema que se sigue y que, en todo caso, es lo que menos interesa al auditorio.

Por lo que respecta a la EXPOSICIÓN, consiste en un eslabón, más o menos largo, que ligando la parte inicial del discurso a la tesis, se destina a establecer la problemática básica que habrá de solucionarse precisamente en la tesis. Cuando se pretende una simple crítica sin soluciones, esta es la parte que suple al fondo primordial. Si, como ya he señalado, se suprime de lo expuesto la sistematización, esta parte será el único puente entre la iniciación y la tesis y puede ser salvado de un paso o convertirse en ese camino ascendente que nos conduzca al clímax. Puede ser el simple tronco que nos permite el paso o convertirse en un puente vallado de enredaderas; puede ser de piedra maciza o

adoptar la majestad de los enormes puentes de concreto y hierro.

Es decir, durante el camino de la exposición oratoria, es donde se tiene mayor libertad para elaborar el discurso; ahí puede el orador hacer su estilo, desarrollarlo, accidentar su propio terreno todo lo que quiera, inclusive romper su propio camino para desbordarse una vez que haya transcurrido por él; lo importante, es llegar con bríos y sostener el interés hasta el mensaje definitivo, hasta el peso absoluto *de la idea que deberá grabarse en el recuerdo* de quienes tengan oportunidad de escuchar.

Se acostumbra en este escaño, cimentar conceptos que habrán de probarse más tarde. Algunos teóricos se explayan asegurando que debe ser el más breve paso y que alargarlo, puede causar fatiga al oyente.

Yo pienso que en la realidad, la duración debe determinarse por la observación directa que haga el orador en las reacciones del público. La práctica irá indicando con una percepción mínima, cuando el auditorio comienza a fatigarse, cuando la atención se sostiene artificialmente por respeto o por

obligación; o por el contrario, cuando obedece al interno sentimiento de agrado. Como el orador debe tener preparada ante todo su idea principal, le será fácil pasar a desarrollarla en cualquier momento, de golpe si es preciso, con tal que le permita sostener el interés hasta el final.

La idea principal, sobre la que he venido insistiendo desde el principio, debe ser vista como la médula de todo el discurso. Los pasos señalados hasta ahora con toda su importancia, son simple preparación para el centro del espectáculo. Hasta aquí, no debe adelantarse nada del razonamiento porque los mejores argumentos deben ser reservados para apoyar la tesis.

EL RAZONAMIENTO o TESIS, surgirá en el momento preciso en que el ánimo del oyente se encuentre dispuesto a asimilar la prueba de lo que ha estado escuchando. La tesis, la idea central que habrá de exponerse para convencer al auditorio —de ser factible— habrá de coincidir en tiempo con el clímax o sustentarse inmediatamente después y razonarse, argumentar con la mayor convicción los motivos que nos hacen pensar de

esa manera y demostrar el peso de la lógica que los sostiene.

La razón por sí sola, tiene capacidad para lograr aceptación o rechazo; pero cuando la razón tiene un refuerzo sentimental, el éxito del orador es indiscutible. Y si a esto agregamos un poco de teatralidad en la forma cuidando de no caer en el abuso, en lo melodramático, excitaremos favorablemente el fuero interno en cada una de las individualidades que suman en la percepción colectiva.

La APELACIÓN o INCREPACIÓN, puede colocarse en el discurso antes o después de la tesis. Es el período durante el cual el orador se desprende para saltar hasta la misma conciencia de su auditorio. Es el momento de vehemencia en que ya no se habla a las personas sino a los espíritus, en el que se traspone la barrera física y se establece la comunicación mental, en el plano absoluto del convencimiento. Es el llamado a la honradez ajena, a la presencia del hombre ante su propio juicio para determinar su voluntad.

Cualquiera que sea la situación que el orador elija para esta parte del discurso, antes o

después de la tesis, en este caso me pronuncio por la brevedad. Pienso que es el plano sensible el que puede herir susceptibilidades en sentido positivo o negativo y por esto, las reacciones deben suscitarse con rapidez. Y mejor aún si el orador tiene la habilidad necesaria para cambiarlas sorpresivamente —toda reacción obedece a un reactivo— porque en ese caso, podrá llevar a sus oyentes de emoción en emoción hasta hacerlos estallar en entusiasmo.

De aquí, a la FINALIDAD o CONCLUSIONES. Esta parte debe ser expuesta con toda claridad para no provocar en el auditorio la ambigüedad de entendimientos. Mientras mayor sea la precisión en esta parte, mayor será también la posibilidad de convencimiento, pues nada deja en el estado anímico del oyente mejor impresión final, que el entender con claridad las ideas. Piense el orador en los mejores discursos que haya escuchado y sin duda se encontrará con la feliz coincidencia de que la pureza en la temática y la precisión ideológica, tuvieron gran influencia en la personal percepción.

Seguramente habrá entre los recuerdos algunas ocasiones en que se escucharan floridos discursos. La abundancia en metáforas deja siempre una hermosa impresión estética y sin embargo, ésta sólo puede ser una emoción pasajera. Cuando el orador hilvana adornadas figuras, queda en nuestro pensamiento sólo el momento vivido ante el espectáculo como el instante más o menos grato en que le oímos hablar; recordaremos su habilidad y rara vez las ideas que trató de inculcarnos. Si en cambio, a esa impresión le unimos algún concepto que se haya grabado en la conciencia o en la conducta humana como normativo, la figura del orador será completa.

Cuando el auditorio conserva alguna idea, algún girón del sentimiento, algo —por insignificante que sea— del mensaje arrancado al pensamiento, la oratoria habrá adquirido una significación cualitativa y estará cumpliendo con su misión fructificante. La palabra, como vehículo natural del pensamiento y del sentimiento, entregará así la intimidad intelectiva del hombre a una comunidad de aprovechamientos individuales.

Hasta aquí, he procurado referir de modo somero y en cierto grado actualizados, los principales pasos que se seguían por lo general, para elaborar discursos en la antigüedad y en el pasado mediato; no quiero decir con esto que los mismos escaños sean actualmente inaplicables o que en un tema tan abordado se diga aquí la última palabra de una manera tan simple. Sólo he intentado resumir en forma inteligible para nuestros jóvenes algo que se ha analizado en múltiples ocasiones en la historia del pensamiento, que ha sido objeto de polémicas y estudios, que se ha tratado de exponer como medio para obtener un adecuado uso de la palabra. Es seguro que quien emprenda la lectura de textos especializados encontrará notables variantes; y no es remoto que su aplicación le logre mejores resultados; pero con toda seguridad habrá también mayor esfuerzo para quien no tenga disciplina o costumbre de hacerlo. Con todo, aún para los conocedores, pienso que reportará alguna utilidad esta observación:

En toda rama del conocimiento actual, se busca la simplificación. Creo que la actual

necesidad oratoria ya no exige una preceptiva tan detallada; para el cuento, el drama o la novela, se establecen como ineludibles sólo tres elementos: planteamiento, nudo y desenlace.

Para la Oratoria, pueden funcionar exactamente los mismos pasos que son los naturales a toda disertación. Acaso mencionados en diferente forma para respetar la nomenclatura de la tradición: EXORDIO, TESIS y CONCLUSIONES, que serían los únicos elementos asimismo ineludibles al discurso. Desde luego, no debe perderse de vista el objetivo que es la tesis, la idea central, porque a ella debe encaminarse todo el curso de la argumentación.

El exordio, por su parte, está destinado a captar la atención y el interés. Es el momento de captura, del carisma proyectado, del contacto que ya no debe perderse con quienes escuchan.

Y en lo que respecta a las conclusiones, ya hemos indicado su importancia como *impresión final* que habrá de quedar en el ánimo de los escuchas, la que habrá de arrebatar el aplauso último y destinada a cerrar definiti-

vamente toda la serie de emociones que la actuación del orador le haga vivir.

Debo insistir, con todo, que sólo la práctica, y nada más, será lo que determine la estructura del orador. No hay regla de ninguna clase que supere a la directa actividad.

La EXPOSICIÓN en clase —y cabe la posibilidad de una conferencia— es diversa a la que páginas atrás quedó mencionada como parte del discurso y que incluida en la pieza oratoria, también *expone* el orador. Desde luego, la conferencia es un trabajo de profundidad y pensamos en ella como producto del conocimiento adquirido en la investigación especializada y a través de grandes lapsos de estudio en la persona que nos *confiere* un destello de su sabiduría, pero lo menciono como posible, porque todo estudioso tiene capacidad para internarse en la búsqueda bibliográfica o experimental que lo convierta en conocedor al menos, si es que no alcanza la especialización. Por estos motivos y por razones que podrían abundar, la mencionada actividad escolar además de cumplir la función específica en la clase constituye por sí misma un importantísimo campo de prepa-

ración en la necesidad que tiene el orador en formación al desarrollar habilidades y destrezas útiles al ejercicio de la palabra.

Es muy frecuente —y bien dirigido, de gran valor educativo— el hecho de que los profesores de distintas asignaturas, soliciten a sus alumnos que *expongan* ante el grupo, alguno de los temas que se incluyen en el programa. Suele ser que el grupo esté organizado dentro de las técnicas grupales de enseñanza “por equipos” y también sucede que el trabajo pedido por el maestro esté destinado al desarrollo individual. Cualquiera de las dos posiciones extremas en que se encuentre el alumno, siempre exigirá su particular iniciativa y cumplimiento así sea un fragmento, o la totalidad del esfuerzo.

La *exposición*, en el caso que nos ocupa y de acuerdo con el diccionario, es la “narración hecha verbalmente o por escrito”—las dos formas se acostumbran en clase— o bien, la “parte de la obra literaria en que se da a conocer el asunto que se va a desarrollar”, aunque esto último coincide con el concepto que la incluye en el discurso del orador, puede también considerarse como

unidad. Exponer, “es poner a la vista”; “presentar una obra”. Y en cualquiera de estos aspectos puede cumplir con la exigencia escolar. Desde luego, sea por escrito o de viva voz, tiene la ventaja de que el alumno *conoce el tema* que va a desarrollar y que dispone de cierto tiempo para preparar su trabajo.

El primer paso que se ha de seguir es ése, la preparación, la búsqueda de información que habrá de ampliar o dar el conocimiento acerca del tema encargado. Si el profesor proporciona una bibliografía, ya queda solucionado el primer obstáculo que para algunos muchachos suele parecer insalvable. En caso contrario, habrá que acudir primero al diccionario, y en seguida a la enciclopedia, a fin de aclarar términos dudosos o desconocidos y, quizás, datos relativos al tema o bibliografía. Antes, después o simultáneamente, los textos de clase servirán de ayuda, pero de ninguna manera como fuente total de consulta, porque no tendría utilidad referir al grupo lo que todos pueden leer; en todo caso, podremos obtener de allí una lista de asuntos o “subtemas” que sirvan para ordenar el trabajo de búsqueda.